

Juana, tercera hija de Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón (Reyes Católicos) nació en Toledo el 6 de noviembre de 1479. Tenía gran parecido físico a su abuela paterna, doña Juana Enríquez, por lo que, embromándola, Isabel llamaba a su hija "mi suegra". Sus padres le procuraron una esmerada educación, entre sus preceptores se hallaba Beatriz Galindo. Pronto, se manifestó en Juana, una vena mística que pretendió encauzar haciéndose monja; en cambio, los reyes tenían distinto plan para la atractiva Juana. La política exterior de la monarquía (ya española) tenía como fin cercar al enemigo reino de Francia; en consecuencia, fue concertada una doble boda que fortalecía los vínculos con el Imperio, vecino occidental y también rival de los franceses. Juana, recién cumplidos los 16 años, casaba con el archiduque Felipe, conocido por el sobrenombre de El Hermoso, hijo menor del Emperador Maximiliano I y María de Borgoña. Su cuna le confirió la herencia de innumerables títulos nobiliarios: duque de Borgoña, de Luxemburgo, de Brabante, de Güeldres y Limburgo y conde de Tirol, Artois y Flandes. Ha pasado a la Historia con el sobrenombre de "El Hermoso", aunque muchos críticos opinan que, a la vista de los retratos que del mismo se conservan, el apelativo quizá resulte un tanto exagerado. Era un hombre de cuerpo proporcionado y de agraciado rostro, aficionado a los deportes de su tiempo al ser ágil y poseer fortaleza. El matrimonio se celebró en Lille, el 21 de agosto de 1496. Las crónicas relatan que no pudo empezar con mejores auspicios: la atracción física entre los novios fue muy intensa desde el momento de conocerse, obligando a precipitar el casamiento para permitir a los fogosos cónyuges consumarlo de manera inmediata.

Pronto quedó Juana embarazada, el 15 de noviembre de 1498, nació una niña a la que se puso el nombre de Leonor (quien en el futuro será una de las primeras bazas en la política exterior de su hermano, el emperador Carlos, casará primero con el rey Manuel I de Portugal y tras quedarse viuda, contraerá matrimonio con Francisco I de Francia). Según la opinión más extendida, este embarazo fue el detonante para el cambio de actitud experimentado por Felipe, que vuelve a sus devaneos amorosos con las damas de la Corte.

La ausencia de prensa especializada no impidió que la situación se hiciese del dominio público y llegase a conocimiento de la esposa. Para sorpresa de todos, la princesa no reaccionó acorde con el proceder establecido por la sociedad en casos parecidos; en lugar de transigir con la situación - quizá pagando con la misma moneda – exigió fidelidad a su marido. Como, a despecho de la firme actitud de la princesa, el caballero no varió un ápice su comportamiento, D^a Juana, presa de unos celos obsesivos, puso de su parte todo lo posible para retornar a las apasionadas relaciones – tuvieron cinco hijos más en el espacio de siete años – emprendiendo, a la vez, una estrecha vigilancia del infiel compañero, lo que dio lugar a infinidad de situaciones más o menos embarazosas. Como ejemplo de este comportamiento sorprendente se cita dos anécdotas reveladoras:

Agredió a una dama de compañía, cortándola el cabello con sus propias manos, por tener sospechas – parece ser que con total fundamento - de ser una de las furtivas amantes de Felipe.

El 24 de febrero de 1500 nace su segundo hijo, Carlos, el futuro Emperador. Cuenta la tradición que el parto tuvo lugar en un pequeño retrete del palacio de Gante, porque Juana, a pesar de su avanzado estado de gestación, acudió a una fiesta para vigilar de continuo a su marido, sorprendiéndola allí la rotura de aguas.

No debe extrañar que ante tan insólita afectación, los cortesanos empezasen a sospechar del equilibrio anímico de la futura soberana, comenzando a tejerse la leyenda que la acompañaría en la posteridad.

Las crónicas señalan una mejora en las relaciones entre ambos cónyuges a partir del nacimiento de Carlos. No falta quien achaca el acercamiento de D. Felipe a su ambición, las circunstancias le colocan en disposición de reinar en España: D. Juan, hermano mayor de la princesa muere en 1497, un año más tarde corre igual suerte la siguiente hermana, Isabel; por último, el hijo de esta, el infante Miguel de Portugal fallece en 1500. Los desgraciados sucesos convierten de forma automática a Juana en heredera de las coronas de Aragón y Castilla. Fruto de la

nueva luna de miel es el tercer alumbramiento: en 1501 viene al mundo Isabel, que llegaría a ser reina de Dinamarca tras su matrimonio con Christian II.

A principio del año 1502 Juana y Felipe llegaron a Fuenterrabía para ser proclamados príncipes de Asturias, y Gerona, títulos tradicionales de los respectivos herederos de Castilla y Aragón. El 10 de marzo de 1503 nacía en Alcalá de Henares el cuarto hijo del matrimonio: Fernando, futuro Emperador de Alemania y rey de Hungría y Bohemia.

Por el momento, las pretensiones de Felipe no podían ir más allá de lo conseguido, con lo que no considera necesario continuar en la, hasta cierto punto, austera corte de sus suegros. Alegando cierto desgobierno en sus estados partió hacia Flandes: Juana, aún en contra de su voluntad queda en España. La separación recrudece los celos, que se tornan más y más obsesivos; la corte española comienza a hacerse eco de las habladurías procedentes de Flandes acerca de un serio desequilibrio, sus padres, los Reyes Católicos, pretextando su estado físico tras el reciente parto, insisten en mantener a Juana a su lado vigilando su evolución. Pero la voluntad de la princesa es firme, desea acudir al lado de su esposo. Venciendo los serios intentos de su madre por retenerla, acaba embarcando con destino a Flandes. Para su desconsuelo, allí comprueba que sus temores no eran infundados.

La reina de Castilla, Isabel I, fallece víctima de un cáncer en Medina del Campo el 26 de noviembre de 1504. La nueva situación obliga a la pareja a retornar a España, aunque un nuevo embarazo retrasa la partida; a finales del año 1505 Juana alumbró a María, que casará con el rey Luis de Hungría y Bohemia. Por fin, en la primavera de 1506, tras una breve estancia en Inglaterra, Juana y Felipe arriban a La Coruña.

El testamento de la reina Isabel deja como heredera de la Corona de Castilla a su hija Juana, mas una cláusula indica que, en caso de desequilibrio mental, la regencia sería encomendada al padre. D Fernando de Aragón. Esta disposición,

es muy probable que prudente, sería la semilla de graves enfrentamientos políticos, que, con toda seguridad, agravaron el estado de Juana.

La nueva reina carece de avidez por el poder, estaba enamorada; para ser feliz sólo necesita la fidelidad de su esposo. Diferente es la actitud de Felipe, que ansía convertirse en rey, o de su padre D. Fernando, que ama la potestad, no en vano se ha dicho que fue modelo para “El Príncipe” de Maquiavelo. Ambos se enzarzan en una agria disputa con una referencia común: sus presuntos derechos a ejercer la regencia emanaban de la pretendida incapacidad de Juana. Conociendo a estos personajes, ¿Puede extrañar que los dos propagasen, con razón o sin elle, la locura de la reina?

D. Felipe juega las bazas tradicionales en los aspirantes al poder; mediante una táctica de promesas a la nobleza, poco feliz con la política centralizadora de los Reyes Católicos, atrae a su bando a parte importante de sus miembros, obligando a D. Fernando a retirarse a Aragón, quedando como virtual Señor de Castilla. Su breve reinado estará caracterizado por el reparto de privilegios y mercedes a los nobles castellanos y flamencos, alcanzando un papel determinante el señor de Belmonte, don Juan Manuel.

La alegría dura poco. A comienzos del mes de septiembre de 1507 don Felipe jugaba un partido de pelota en Burgos. Cuando termina, sudoroso, bebió agua helada; al día siguiente se sintió con fiebre. Nunca se repuso y el 25 de septiembre de 1507 fallecía. Se propagaron algunas especulaciones sobre la posibilidad de un envenenamiento, que la investigación histórica no ha podido corroborar.

El comportamiento de D. Juana tras el fallecimiento de su esposo constituye la mayor fuente de inspiración para todo tipo de leyendas macabras, muchas de ellas inciertas, pero que, con el paso de los años, contribuyeron a consolidar el personaje de “D^a Juana La Loca”.

En el momento de recibir la desgraciada noticia no derramó una sola lágrima; pero su rostro adquirió para siempre un rictus de desconsuelo. Su amado Felipe fue enterrado de manera provisoria en Burgos, desde donde debía ser trasladado a la Capilla real de Granada, el lugar indicado por el protocolo. Pero una repentina epidemia aconsejó a la reina trasladarse a la Cartuja de Miraflores (Burgos), donde llevó consigo el féretro. Juana no dejó de acudir un solo día a la cripta; luego de almorzar en el monasterio, pedía a los monjes que abrieran el ataúd para acariciar a su marido. Le aterraba pensar que podrían llevar el cadáver de Felipe a Flandes, y necesitaba constatar a diario de que el cuerpo seguía estando allí.

El 20 de diciembre de ese año, en medio del durísimo invierno burgalés, con la reina en avanzado estado de gestación, comienza el traslado del cadáver hasta el panteón real de Granada, en un lúgubre vagar por los campos y ciudades abrazada al ataúd. El tétrico espectáculo de la comitiva, la cara pálida y aterrada de Juana, conmocionaban a la gente en los caminos. La comitiva, encabezado por la viuda, viajaba siempre de noche y alojándose en lugares donde las mujeres no pudiesen tener contacto con el cortejo, lo que aumentó las noticias de la locura de doña Juana.

Para aumentar los detalles morbosos, durante el trayecto la Reina se puso de parto, deteniéndose la comitiva en Torquemada (Palencia), solar de la familia homónima, cuyo miembro más distinguido fue Fray Tomás, paradigma inquisitorial. El 14 de enero de 1507 nació Catalina, quien años más tarde contraería matrimonio con Juan III de Portugal.

Tras el sepelio, la infortunada reina cayó en una gran depresión, D. Fernando, ya sin rival, asume la regencia de Castilla. Para mayor control de la situación decide encerrar a Juana en Tordesillas. Corría el mes de enero de 1509. En 1516 murió el rey, dejando el trono en manos de su nieto, e hijo de Juana, Carlos I de España (aquel niño nacido en el retrete del palacio de Gante) quien en el futuro se coronaría Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con el nombre de Carlos V Alemania.

La suerte de Juana no mejoró con el cambio de monarca; su hijo también estaba interesado en que figurase de manera oficial como incapaz, de lo contrario no sería él el Rey, con lo que mantuvo la reclusión de su madre. Allí permaneció el resto de su existencia, vestida siempre de negro y haciendo una vida retirada. Había días en que se la oía llorar llamando desconsolada a su esposo, incluso, algunos sostenían que se la escuchaba dialogar con él como si estuviera presente, todo ello contribuyó a acentuar su problema mental.

El 12 de abril de 1555 fallecía doña Juana, tras ¡46 años! de cautiverio atenuado, cubierto su cuerpo de llagas al negarse a ser aseada y cambiada de ropa. Quizá los celos de la desdichada Juana degenerasen en una leve enfermedad mental, pero esta se vio agravada por las disputas de poder, primero entre su marido y padre y luego su hijo. Todos sus allegados prefirieron el aislamiento de Tordesillas en lugar de intentar la recuperación que, en su caso, pudiese haber sido, al menos, ensayado. Descansa para siempre, junto a su amado Felipe, en el panteón de la Catedral de Granada.

Que el rey don Felipe se declaró en La Coruña, que no había de pasar por la concordia que se juró en Salamanca.

XXIX.

Al segundo día que el rey don Felipe estuvo en España, como se le descubrieron muy cumplidos, y diversos ofrecimientos de parte de los grandes de Castilla, y abrieron sus ánimos con más demostración de lo que había pensado, y entendió, que todos los más se iban para él, comenzó a declarar su ánimo: y que no había de pasar por la concordia de Salamanca. Mandó llamar ante sí al protonotario don Pedro de Ayala, que estuvo por embajador del Rey Católico en Inglaterra, y venía con el rey don Felipe de Flandes, a donde estuvo tratando destes negocios: y en presencia de algunos de su consejo le dijo. Que como quiera, que por lo que hasta allí él había tratado en Flandes, y en Inglaterra, aunque fue perjuicio suyo, no había querido mostrar displacerle, pero agora que estaba en España, pues era súbdito suyo, y de la reina debía mucho mirar cómo se gobernaba en los negocios: porque sería mal contento si hiciese en Castilla lo que había hecho en otras partes. A esto respondió don Pedro, que era persona de gran seso, y prudencia, que en todos los tiempos, y lugares que el rey decía, no hizo cosa que no la debiese hacer cualquier buen castellano: y en continuar lo que había comenzado, no creía que haría mayor yerro en Castilla, que había resultado en lo pasado. Que si pensaba Su Alteza, que

pues ya era llegado a estos reinos, él dañaba, o podría dañar, se atrevería al rey su señor: y se partiría: pero el rey le dijo, que él holgaba que él antes que otro estuviese en su corte: mas que mirase mucho en las cosas de su servicio, como buen súbdito lo debía hacer. Entonces el embajador le avisó, que el rey don Fernando su señor, estuvo esperando, que desembarcara en la costa de Vizcaya, para salirle luego a recibir: y si hubiese dello placer, que fuese tan lejos, de muy buena gana pasaría el trabajo del camino: y si quisiese que le aguardase en Castilla también lo haría. Mas el rey don Felipe no se quiso determinar, hasta que volviese un caballero de su cámara, con quien envió a visitar al rey, para darle aviso de su llegada: que se decía el señor de Laxaolx. Después que pasó esta plática, don Pedro de Ayala le pidió, que mandase volver a Flandes los alemanes que había traído: pues no eran ya necesarios: y se excusaría aquel gasto: y ganaría la voluntad de los pueblos enteramente: si entendiesen que no desconfiaba dellos: porque en Castilla parecía cosa muy nueva oír el nombre de guardas, y arqueros: mayormente que estaba asentado, y jurado que venía de paz: y aunque lo mismo le envió a requerir el Rey Católico con el mismo Laxaolx, y con Andrea del Burgo, no se hizo caso dello: y pasóse en disimulación. Esto, con las otras muestras que se iban cada día descubriendo de grande odio, y enemistad, declararon manifiestamente, que querían poner al rey don Felipe en camino de rompimiento: y el Rey Católico, por excusar los inconvenientes que se podían seguir de la discordia, procuró por medio del mismo don Pedro de Ayala su embajador, de ganar la voluntad de don Juan Manuel: porque se entendía, que con su consejo el rey su yerno se conformaría luego con él: y que dél solo dependía, que las cosas se redujesen a buenos medios. Considerando esto, le envió a ofrecer el rey, que si él esto hiciese, **se le daría luego la villa de Ceynos**: que la vendía el almirante: y estaba cerca de su Belmonte: que era de don Juan: y allende desto, le prometía, que haría merced a sus hijos en las órdenes, y por la Iglesia: y a él le favorecería para que se conservase mejor en el lugar que tenía: y le casaría dos hijas con señores principales de Castilla. Mas don Juan era muy valeroso: y no se acababa de confiar destas promesas: y así, ni lo desechaba, ni se olvidaba del lugar que tenía: donde esperaba muy grande acrecentamiento por la liberalidad, y facilidad del rey don Felipe: a quien él gobernaba sin ningún competidor. Por este ofrecimiento, respondió a don Pedro de Ayala, que si padre, e hijo habían de estar bien, recibiría las mercedes, que se le ofrecían: porque él se las merecía: y merecería: y si el rey le hiciese merced, él se la serviría. Que si no habían de estar conformes, lo que nadie debía desear, ni el rey de Aragón le debía hacer merced, ni él la pensaba recibir: mas la merced que le prometía de casar sus hijas, él la aceptaba desde luego: porque pensaba, que con honestidad la podía recibir, y creía que en ello el rey pagaba lo que les debía. En las otras cosas decía, que por entonces no había de decir cosa alguna: y en lo de **Ceynos**, que no era tal como el rey pensaba: que otras cosas había al derredor de su casa, que costarían menos, y le estarían más a propósito, y él tenía derecho a ellas: y las podría el rey también haber como a **Ceynos**: porque el duque de Alba podía en ello mucho: y esto se decía por Montalegre, que pretendía pertenecerle, por haberse dado en tiempo del rey don Juan el Primero a don Enrique Manuel, que fue conde de Sintra en Portugal, y era hijo de don Juan hijo del infante don Manuel: que en las guerras de Portugal siguió la parte del rey de Castilla: de quien don Juan Manuel deducía su origen, y el derecho de aquella sucesión. Pero decía, que aquello quedase para cuando él lo pudiese recibir: y dárselo el rey: y que si él tuviera intención de aconsejar qué se diese de la Corona real, no estuviera sin tener estado, y título muy señalado: y que estaba en propósito de contradecirlo: y que sería

parte para ello. Tratóse mucho en el consejo del rey don Felipe, sobre lo que se pedía en nombre del Rey Católico, que se enviasen los alemanes: y como quiera que el rey don Felipe estaba inclinado a dejarlos, no lo consintieron los suyos: y decían, que era grave cosa, y muy dura demandar aquello de la forma que se pedía. Tras esto se iba cada hora más descubriendo, que no estaban conformes los del rey don Felipe, en que se guardase la concordia: y esto se conoció mucho más al tiempo que llegaron a La Coruña los alcaldes, y alguaciles de corte, que el rey envió, para que sirviesen al rey su yerno, y residiesen en su corte: porque en llegando a besalle la mano, y dada la carta que llevaban del rey, sin leella les dijo, que respondería al rey su señor: y que ellos se podían volver: que él no los había menester: y a lo que pareció, se dijo con enojo. Después los embajadores del Rey Católico acudieron a don Juan, para entender mejor la voluntad del rey: y él les declaró, que había sentido mucho la ida de aquellos oficiales: afirmando: que parecía que el rey le quería tratar, no como a rey, que tenía ya edad para poder gobernar, sino como a infante: y que por esta causa estaba determinado de no servirse dellos. Entonces don Pedro de Ayala se fue al rey don Felipe, y le señaló el escándalo que se seguiría si aquellos oficiales se fuesen: y el rey le respondió: que tenía al rey su señor el acatamiento, y obediencia, que un buen hijo a su padre: mas pues él tenía ya edad, no le debía tratar de aquella manera, enviándole personas para que le gobernasen: y como entendieron los embajadores la determinación del rey, hicieron de manera, que los alcaldes volviesen a él, y que graciosamente los despidiese: y así se hizo, y les dijo, que para lo que eran idos, por entonces no eran menester: y que se volviesen, y sirviesen como solían. Iba don Juan Manuel entreteniendo el tiempo, para que tuviesen lugar de entender en las cosas, que pensaban enmendar en la capitulación: y también para que llegasen los que tenían por ciertos que seguirían en todo al rey don Felipe: porque a lo que se entendía, querían que antes que se viesen, tuviese el rey don Felipe tan gran corte, y compañía, que no se pudiese pensar, que su suegro le había de salir a recibir como a menor de edad, como ellos decían.